

# APARECIDA: MEMORIA Y NUEVO PARADIGMA

---

*Pablo Bonavía\**

## **Resumen**

La V Conferencia General del Episcopado de América Latina y del Caribe ha despertado expectativas en el sentido de recuperar lo más importante de la reflexión latinoamericana, resignificarla y anticipar un nuevo modo de seguir Jesús. De lo más importante que se recuperó hay que destacar el método Ver-Juzgar-Actuar. Como resignificación aparece la opción por los pobres frente al mercado, con el tema de inclusión y de las alteridades, todo en perspectiva cristológica. Por último, ante el futuro, tenemos la proyección en el horizonte del cambio de época y la planetarización, la inclusión de los temas ecológicos y la reciprocidad cultural.

PALABRAS-CHAVE: Ver-Juzgar-Actuar; opción por los pobres; planetarización.

## **Abstract**

*The 5<sup>th</sup> General Conference of the Bishops of Latin America and the Caribbean has waked up expectations in the sense to recover the most important of the Latin American reflection, to reinterpret it and to anticipate a new way to follow Jesus. Of most important that one recovered it is necessary to emphasize the See-Judge-Act method. As reinterpretation appears the option for the poor in a world dominated by the market, with the subject of inclusion and of otherness, everything in a Christological point of view. Finally, in face of the future, it's necessary the projection in face of the change of time and the globalization, the inclusion of the ecological subjects and the cultural reciprocity.*

KEY WORDS: *See-Judge-Act; option for the poor; planetarization.*

---

\* Mestre em Teologia (Pontifícia Universidade Gregoriana), Pároco de La Cruz de Carasco (Montevideú), Professor de Teologia Fundamental da Faculdade de Teologia do Uruguay, Membro da Associação de Teologia da América Latina (Ameríndia).

Los cristianos nos acercamos a la Vª Conferencia General del Episcopado (VCG) y a su Documento conclusivo (DA) con un interés que va más allá de la investigación histórica o periodística. Aún valorando estos aspectos – también necesarios – nuestra aproximación apunta a un discernimiento creyente de ‘*lo que el Espíritu está diciendo a las iglesias*’ en este tiempo marcado por profundos cambios epocales. Un discernimiento que reconoce en dicho acontecimiento un momento de particular significación en el seguimiento de Jesús por parte de nuestras comunidades.

Esta aproximación creyente tiende a despertar importantes *expectativas* al interior de la comunidad eclesial y en cada uno de nosotros. Expectativas que conviene tener en cuenta pues condicionan la interpretación-valoración que hagamos de la asamblea episcopal y del documento que produjo. *¿Qué se esperaba de la conferencia de Aparecida como acontecimiento? ¿Qué esperamos nosotros, una vez finalizada la asamblea, de su Documento final?*

Si repasamos artículos escritos *antes* de la VCG podemos agrupar las expectativas que se habían generado en tres categorías. Por un lado se esperaba que la conferencia fuera capaz de *recuperar* la gran tradición eclesial latinoamericano-caribeña que tuvo en la conferencia de Medellín su expresión magisterial original y desencadenante. Por otro se anhelaba que, en vista de las transformaciones producidas en el mundo y en el continente desde Santo Domingo (1992), se pudiera enriquecer y *resignificar* dicha tradición. Por último, no pocos tenían la esperanza de que en Aparecida se pudieran identificar y discernir evangélicamente algunos aspectos de la nueva época que estamos viviendo para *anticipar*, desde la perspectiva de los crucificados de este mundo, los rasgos de una nueva manera de vivir el seguimiento de Jesús que contribuya a configurar un futuro más humano para todos y todas en el seno de nuestra amenazada ‘*casa común*’.

Voces proféticas y sensatas, como la del obispo D. Demetrio Valentini, advertían, sin embargo, que no convenía exagerar las expectativas en un contexto eclesial atravesado por serias limitaciones y con un tipo de asamblea que impone muchas restricciones a una tarea de tamaño complejidad. Decía Don Demetrio: “¿Aparecida dará razón a tantas expectativas? Ciertamente los días de la Conferencia serán pocos para todo esto y el documento esperado incapaz de responder a todos estos anhelos. Entonces es tanto más *importante entender Aparecida no como un acontecimiento aislado sino como un proceso que ya*

*empezó y que, sin duda, el documento final necesita dejar abierto para que continúe y se profundice*".<sup>1</sup>

También a nosotros nos parece importante ubicar el DA en un *proceso eclesial* mucho más amplio, propio de un tiempo caracterizado por la emergencia de un nuevo paradigma civilizatorio, que está obligando a los y las cristianas a replantearse desde la raíz el seguimiento de Jesús. Proceso que será necesariamente largo, no exento de conflictos e incertidumbres, que ciertamente no depende sólo de lo que pueda hacer una conferencia de obispos de menos 20 días, por importante que sea. Proceso que vuelve a plantear los fundamentos de la existencia cristiana, y obliga a redescubrir y poner en juego, una y otra vez, los elementos que podríamos llamar permanentes o 'meta-paradigmáticos' de toda tradición que se pretenda fiel a la novedad radical del Evangelio de Jesús. En este camino, hecho posible por la acción del Espíritu, hay una continua interacción entre dos momentos o dos polos que remiten el uno al otro: *memoria* y *adviento*. Memoria y adviento que se entrelazan y retroalimentan en el proceso de *conversión* personal y comunitaria al seguimiento de Jesús así como en el permanente discernimiento que éste supone.

En tal sentido se puede afirmar de la existencia cristiana lo que los medioevales decían de la teología: ella es '*ante et retro occulata*'. Es decir: la fe se mueve siempre entre dos polos, entre dos miradas que se iluminan recíprocamente. Por un lado la mirada puesta en la memoria, en lo des-cubierto y des-encadenado por el acontecimiento pascual de Jesús: memoria subversiva reactualizada en la lectura de la Palabra, en los sacramentos y en el testimonio de conversión de los cristianos. Por otro, la mirada puesta en lo nuevo, en lo que adviene, en la iniciativa de Dios que viene del futuro y se hace presente ya hoy bajo la forma de signos anticipatorios. Son dos aspectos que no se suman como datos exteriores el uno al otro sino que se iluminan e interpretan mutuamente: la memoria se conserva viva para discernir – y configurar – lo nuevo y, a su vez, lo nuevo es posible porque asume y dinamiza lo desencadenado en el acontecimiento pasado.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> VALENTINI, D. Demetrio. Reflexiones sobre la Conferencia de Aparecida, Conferencia dictada en la Universidad Javeriana, de Bogotá, el 7 de febrero de 2007, Introducción.

<sup>2</sup> Entrelazado con esta dialéctica de memoria y adviento se halla otro aspecto de la existencia cristiana que Leonardo Boff llama la dinámica '*intra et extra occulata*'. La vida del creyente tiene una mirada dirigida hacia la acción del Espíritu en lo más hondo de su existencia personal y, simultáneamente, otra enraizada en el advenimiento del Reino en el seno de la historia compartida con los demás. Cf. BOFF, L. Teología sob o signo de transformação, en: SUSIN, Luiz Carlos (Org.). *O mar se abriu*. São Paulo: Loyola, Brasil, 2000, p. 233-234.

Desde esta perspectiva, que pretende ser radical, afirmamos: para comprender lo que *dio de sí* o, mejor aún, lo que *está llamada a dar de sí*, la conferencia de Aparecida, conviene analizar qué logró en términos de *recuperación, resignificación y anticipo* en el seno de la tradición eclesial latinoamericana y universal. Y hemos de hacerlo intentando descubrir en este evento la voz y la fuerza del Espíritu que es quien nos permite asumir con compromiso e imaginación la aventura de seguir a Jesús, en medio de nuestras limitaciones y contradicciones, para que la novedad del Reino de Dios no sólo acontezca sino que sea la perspectiva desde la que configuramos el futuro, ese ‘otro mundo posible’ según el proyecto de Dios.

## 1 Lo que Aparecida recuperó

Son varios, y de gran importancia, los aspectos de la tradición eclesial latinoamericana que han sido *recuperados* en la Vª Conferencia. Algo que se percibe con mayor relieve si no aislamos el *Documento Final* del contexto que acompañó la preparación y realización de la asamblea episcopal leída como ‘acontecimiento’. En este sentido queremos subrayar la recuperación de un clima de sencillez, apertura y cordialidad que había caracterizado al ejercicio del ministerio episcopal en América Latina y el Caribe a partir del Concilio Vaticano II. Clima que se logró mantener a lo largo de todo el proceso preparatorio y durante la conferencia misma y que supuso dejar atrás posturas puramente defensivas, temerosas y aún claramente autoritarias que últimamente se habían tornado habituales en ciertos ambientes eclesiásticos. Hay que reconocer a las autoridades del CELAM el esfuerzo por superar prejuicios ya instalados y el valor de convocar en este proceso a personas de distintas corrientes espirituales y teológicas a una búsqueda humilde, realista, y plural para afrontar una realidad cuyos cambios y creciente complejidad desafían hasta sus mismas raíces la experiencia de fe de los cristianos.

En ese clima, que fue posible mantener gracias a la actitud responsable y dialogante de muchos participantes, reaparecieron con fuerza imprevista aspectos fundamentales de la tradición latinoamericano-caribeña. Reparación inesperada sobre todo si tenemos en cuenta el ‘Documento de Participación’ que dio comienzo al proceso de consulta previo y que reflejaba la perspectiva ‘deductivista’ predominante desde la Conferencia de Santo Domingo en 1992. Entre ellos hay que subrayar *el método ver-juzgar-actuar* (DA 19), *la opción*

*preferencial por los pobres* (DA 391-398), la inseparable unidad entre seguimiento de Jesús y el compromiso por *la justicia social* (DA 384-385), incluyendo un llamado a crear *estructuras sociales* ‘que consoliden un orden social, económico y político en el que no haya inequidad y donde haya posibilidades para todos’ (DA 384), la importancia de *las iglesias locales* (DA 166, 169, 182), las *comunidades eclesiales de base* colocadas como espacio de comunión eclesial junto con la diócesis y la parroquia y reasumidas, con Medellín como ‘célula inicial de estructuración eclesial y foco de evangelización’ (DA 178-179), la importancia dada a *la Palabra de Dios y su lectura orante como fuente de espiritualidad y discernimiento* que debe animar toda la vida de la Iglesia (DA 248).

Todos estos puntos, que apuntan a lo más original de la tradición cristiana en nuestro continente, han sido definitivamente recuperados en Aparecida. Algo que tiene especial valor pues supone retomar un camino que había perdido fuerza y contornos en los últimos años ante la ausencia de pronunciamientos claros por parte de la jerarquía. Más aún: se retoma el camino en medio del notable cambio del contexto socio-cultural procesado en los casi 30 años transcurridos desde la conferencia de Puebla (1979). Y no como consecuencia de una improvisación sino respondiendo a ‘muchas voces venidas de todo el continente’, como dice el párrafo en el que se propone retomar el método ver-juzgar-actuar (DA 19).

Este párrafo 19 resulta, sin embargo, representativo de un aspecto más general que caracteriza al documento emanado de la Vª Conferencia, algo que refleja su valor pero, también, sus limitaciones. Se trata de la desproporción, y aún incoherencia, entre lo que proclaman con contundencia algunos textos puntuales y la arquitectura general del DA. En este caso del método ver, juzgar, actuar se proclama la necesidad de ‘*articular*’ a) la perspectiva creyente de ver la realidad con b) su valoración crítica a partir de criterios tanto de la fe como de la razón, con, finalmente, c) el actuar de los discípulos y misioneros de Jesucristo. Pues bien, el propio DA, sea por la diversidad de perspectivas entre los redactores, por la urgencia de llegar a conclusiones o por la ausencia de una metodología adecuada, termina yuxtaponiendo más que retroalimentando los distintos momentos del discernimiento. Queda proclamada la necesidad de retomar esta metodología en nuestro discernimiento comunitario y pastoral: pero eso lo deberemos asumir responsablemente en cada una de nuestras iglesias locales y sus respectivas instancias comunitarias.

## 2 Aparecida también ‘resignificó’

La fidelidad al camino recorrido en los últimos decenios por la Iglesia latinoamericano-caribeña no puede reducirse a la mera *recuperación* de contenidos y métodos, por importantes que sean. En una realidad que cambia rápidamente y revela cada vez más su enorme complejidad, la fidelidad implica también *releer, enriquecer, resignificar* dicha tradición a la luz de los nuevos aportes, desafíos y lenguajes que surgen de la experiencia actual. ¿La Vª Conferencia y el DA dieron este paso?

Aquí la respuesta es más matizada. No creemos que un sí o un no tajantes den cuenta de lo que realmente sucedió. Preferimos afirmar que lo que se logró en el DA fue poner algunas bases para el proceso de ‘resignificación’ de la memoria creyente latinoamericano-caribeña que ha de procesarse a nivel de la iglesia continental y en cada una de nuestras iglesias locales. Creemos que muchos de los participantes de la asamblea de Aparecida hicieron un esfuerzo considerable en este sentido, pero el resultado obtenido fue más bien limitado.

Sin embargo hay una cuestión fundamental de nuestra tradición que sí aparece recontextualizada: *la opción preferencial por los pobres*. Para un estudio profundo de la cuestión remitimos al excelente artículo de Gustavo Gutiérrez,<sup>3</sup> pero acá señalamos al menos algunos puntos que avalan nuestra afirmación. Son aspectos que el DA supo recoger del proceso eclesial de los últimos 25 años en el que, más allá de conocidas fragilidades y aún retrocesos, se ha desencadenado una fecunda retroalimentación entre la práctica social, la experiencia espiritual y la reflexión teológica de muchos cristianos. Algunos de estos aspectos que parecen claramente asumidos por el DA son:

- a) el rol determinante que juega *la lógica del mercado*: no sólo concentra el poder y la riqueza sino que se impone como ‘valor regulador’ de todas las relaciones humanas (DA 45, 46, 61, 62);
- b) *la profundización y diversificación de los ‘rostros’* de personas que claman desde la pobreza y la exclusión tal como aparece en varios textos (DA 65, 393, 402 y toda la sección que va del 407 al 430). Entre esas personas aparecen los migrantes, desplazados, niños y niñas sometidos a la violencia y obli-

---

<sup>3</sup> A ser publicado en libro con el presente artículo y otros [N. E.].

gados a vivir y trabajar en la calle, tóxico-dependientes, presos recluidos en condiciones inhumanas, los excluidos por su analfabetismo tecnológico. Ellos son ‘los otros’ de nuestra sociedad: menospreciados e invisibilizados por el sistema y por nosotros mismos en cuanto nos dejamos dominar por él (cf. DA 89);

- c) la dimensión ‘relacional’ e intersubjetiva implicada en la opción preferencial por los pobres para que no se limite a una consideración económica, política o estratégica ni tampoco puramente emotiva. La relación con las personas y los grupos pobres ha de incluir actitudes de involucramiento personal tales como: elegirlos para compartir nuestro tiempo, escucharlos, acompañarlos en los momentos difíciles, cultivar su amistad, apreciar desde dentro sus valores, reconocer su inmensa dignidad, defender sus derechos, acompañar y promover de múltiples maneras su ‘hacerse sujetos’ (DA 397 y 398);
- d) el *fundamento cristológico* de la opción. Fundamento absolutamente decisivo pues implica reconocerla como ‘no opcional’ para los cristianos. Aquí el DA recoge la contundente afirmación de Benedicto XVI en el discurso inaugural de la Vª Conferencia: ‘la opción por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza’ (DA 392). Por eso se señala tajantemente que ‘todo lo que tenga que ver con Cristo tiene que ver con los pobres y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo’ (DA 393);
- e) su carácter contracultural nos obliga a *no dar dicha opción por descontada*, a asumirla una y otra vez ‘a contrapelo’ de las presiones sociales y las inercias personales. Sólo así podrá transformarse en una ‘actitud permanente’ contra la tendencia a defender demasiado nuestros espacios de privacidad y a contagiarnos del consumismo individualista reduciendo esta opción a un plano teórico sin incidencia en nuestros comportamientos y decisiones (DA 397). En este sentido hay un llamado a *revertir la falta de fidelidad a esta opción por parte de muchos cristianos ‘constructores de la sociedad’* que tienen especiales responsabilidades políticas, económicas y culturales (DA 501);

- f) Precisamente esa necesidad de realimentar dicha opción implica asumir que ella ha de *atravesar todas nuestras estructuras y prioridades eclesiales*: más aún, los obispos se comprometen a trabajar para que la Iglesia toda sea compañera de camino de nuestros hermanos más pobres incluso hasta el martirio (DA 396 y 508).

### 3 Aparecida y el cambio de paradigma

Recuperar y resignificar estos aspectos fundamentales de la memoria cristiana latinoamericana era un servicio que muchos consideraban necesario e impostergable en este momento de nuestro caminar como comunidad creyente. Pero no constituía un fin en sí mismo. Era el paso previo para la operación realmente decisiva: discernir los desafíos de un cambio de época que ya se está procesando entre nosotros y esbozar como Iglesia continental una respuesta profética, fiel y creativa.

¿Logró hacerlo la conferencia de Aparecida? Si esperábamos que el DA fuera a presentar, ya constituido, un nuevo modelo de presencia evangelizadora que diera una respuesta madura al conjunto de retos que caracterizan al cambio de época que estamos viviendo, la respuesta es negativa. Quien vaya a buscar eso a nuestro texto saldrá desilusionado. Quizás tendrá que preguntarse si es realista pedir tamaña empresa a una reunión con las características que tenía esta conferencia en el contexto eclesial en que vivimos. Podríamos incluso preguntarnos si, aún en el caso de ser viable, hubiera sido positivo para el caminar de nuestras comunidades que algo así hubiera sucedido. Si no habría significado poner en práctica una metodología pastoral concebida ‘de arriba abajo’ que no recoge ni estimula el compromiso creativo de nuestras iglesias locales y de sus comunidades más pequeñas.

Lo que sí encontramos a lo largo del DA es la emergencia de algunos aspectos muy característicos de lo que hoy suele reconocerse como el ‘*cambio de época*’ que estamos viviendo. Y del *nuevo paradigma* que parece configurarlo. Son elementos todavía dispersos, que despuntan aquí y allá en forma inorgánica, sin afectar la perspectiva general del texto. Pueden parecer poca cosa, pero con ellos al menos se comienzan a dar pasos hacia una iglesia continental que sea cada vez más dócil a lo que el Espíritu le dice en estos tiempos. Esos elementos son los que me propongo exponer brevemente a continuación como



primera aproximación a una cuestión que deberá ser asumida y proseguida.

a. Lo primero que los obispos reconocen es que, *en medio de procesos de exclusión que no sólo permanecen sino que se agudizan* como consecuencia de un modelo económico excluyente y depredatorio (DA 61, 62, 69, 84, 86), vivimos un tiempo de grandes cambios, un verdadero *cambio de época* (DA 44) que afecta profundamente la vida de nuestros pueblos (DA 16, 20, 33, 479). Cambios, que, a diferencia de los producidos en otros tiempos, tienen un alcance *global* y afectan al mundo entero (DA 34) generando no pocas veces desorientación entre los católicos (DA 480). Son transformaciones que tienen que ver, sobre todo, con *lo cultural* (DA 44), e interpelan fuertemente a la iglesia en orden a discernir los signos de los tiempos para ponerse al servicio del Reino de Dios anunciado por Jesús (DA 33) en el mundo de hoy. Quizás los textos más explícitos en este sentido sean los que aparecen en los Nos. 479 y 480:

Sin embargo el patrimonio cultural latinoamericano y caribeño se ve confrontado con la *cultura actual*, que presenta *luces y sombras*. Debemos considerarla con *empatía* para entenderla, pero también con una *postura crítica* para descubrir lo que en ella es fruto de la limitación humana y del pecado. Ella presenta *muchos y sucesivos cambios*, provocados por nuevos conocimientos y descubrimientos de la ciencia y de la técnica. De este modo, *se desvanece una única imagen del mundo que ofrecía orientación para la vida cotidiana* (479).

Los obispos son enfáticos en señalar que

*el anuncio del Evangelio no puede prescindir de la cultura actual*: ésta debe ser *conocida, evaluada y en cierto sentido asumida* por la Iglesia, con un lenguaje comprendido por nuestros contemporáneos. Solamente así la fe cristiana podrá aparecer como realidad *pertinente y significativa* de salvación. Pero, esta misma fe deberá engendrar modelos culturales alternativos para la sociedad actual. Los cristianos, con los talentos que han recibido, talentos apropiados deberán ser *creativos* en sus campos de actuación: el mundo de la cultura, de la política, de la opinión pública, del arte y de la ciencia (480).

b. Uno de los ingredientes característicos de dicha cultura es la conciencia de que la humanidad ha entrado en *la fase planetaria* de su experiencia histórica y de su autocomprensión. Es decir: el paso de una

concepción del mundo ligada a culturas, naciones y estados a otra ligada al planeta Tierra y a la humanidad en su conjunto. La nueva conciencia planetaria implica asumir que vivimos en una *casa común* con grandes riquezas pero también con claras limitaciones y que formamos parte de una *única familia humana*, enraizada, a su vez, en la inmensa *biosfera*. Como consecuencia del proceso de globalización esta gran familia vive ahora en una inédita *proximidad* y creciente *interdependencia* entre pueblos, regiones y culturas diferentes. Y entre éstas y la naturaleza.

Aquí vale la pena citar enteros un par de números especialmente lúcidos e integradores de esta nueva perspectiva que, además, se reconoce como parte del patrimonio tradicional de los pueblos originarios de nuestro continente:

Con los pueblos originarios de América, alabamos al Señor que creó el universo como espacio para la vida y la convivencia de todos sus hijos e hijas y nos los dejó como signo de su bondad y de su belleza. También la creación es manifestación del amor providente de Dios; nos ha sido entregada para que la cuidemos y la transformemos en *fuentes de vida digna para todos*. Aunque hoy se ha generalizado una mayor valoración de la naturaleza, percibimos claramente de cuántas maneras el hombre amenaza y aun destruye su ‘habitat’. *‘Nuestra hermana la madre tierra’ es nuestra casa común y el lugar de la alianza de Dios con los seres humanos y con toda la creación. Desatender las mutuas relaciones y el equilibrio que Dios mismo estableció entre las realidades creadas, es una ofensa al Creador, un atentado contra la biodiversidad y, en definitiva, contra la vida. El discípulo misionero, a quien Dios le encargó la creación, debe contemplarla, cuidarla y utilizarla, respetando siempre el orden que le dio el Creador* (DA 125).

Por eso ‘la mejor forma de respetar la naturaleza es promover una ecología humana abierta a la trascendencia que respetando la persona y la familia, los ambientes y las ciudades, sigue la indicación paulina de *recapitular todas las cosas en Cristo* y de alabar con Él al Padre (cf. *1 Cor 3, 21-23*). El Señor ha entregado el mundo *para todos*, para los de las generaciones presentes y futuras. El destino universal de los bienes exige la solidaridad con la generación presente y las futuras. Ya que los recursos son cada vez más limitados, *su uso debe estar regulado según un principio de justicia distributiva respetando el desarrollo sostenible*’ (DA 126).

Se nos propone aprender a contemplar y cuidar la creación ‘como casa de todos los seres vivos y matriz de la vida del planeta’ (DA 474 a)

y a la naturaleza como ‘una herencia gratuita que recibimos para proteger’ (DA 471) Pero sin ingenuidades ni evasiones líricas se nos advierte que esta herencia se manifiesta muchas veces *frágil e indefensa ante los poderes económicos y tecnológicos que impulsan con frecuencia una explotación irracional*. En ello ‘tiene una enorme responsabilidad el actual modelo económico que privilegia el desmedido afán por la riqueza por encima de la vida de las personas y los pueblos y del respeto racional de la naturaleza’ (DA 473). Y por eso exhorta a que en las intervenciones sobre los recursos naturales no predominen los intereses de grupos económicos que arrasan irracionalmente las fuentes de vida en perjuicio de naciones enteras y de la misma humanidad (DA 471).

Esta nueva realidad nos coloca en un contacto más inmediato con la diversidad de nuestro mundo y por eso mismo conduce a una *disyuntiva* de la que dependerá la sobrevivencia misma del género humano. En efecto, la planetarización puede ser la oportunidad para crear una unión y solidaridad más estrechas a niveles regionales y a nivel mundial, o hará todavía más dramáticas el empobrecimiento, la exclusión y las injusticias que enfrenta la humanidad y nuestro continente (cf. DA 522). América Latina, en concreto, es un ejemplo de esta contradicción dolorosa: por un lado, posee múltiples factores de unidad, pero, por otro ‘se trata de una unidad desgarrada porque atravesada por profundas dominaciones y contradicciones, todavía incapaz de incorporar en sí ‘todas las sangres’ y de superar la brecha de estridentes desigualdades y marginaciones’ (DA 527).

c. Se trata de un segundo aspecto del nuevo paradigma que puja por abrirse camino en medio de la crisis de la modernidad occidental: el reconocimiento de *la alteridad* como mediación de la propia identidad y de todo auténtico crecimiento en humanidad. Occidente ha tenido una particular dificultad en asumir la realidad de los ‘otros’: no en vano la conquista y colonización de América fue definida precisamente como un ‘*otricidio*’. La cultura occidental ha defendido su identidad a través de la destrucción o menosprecio de lo diferente y su espíritu colonialista ha quedado al descubierto por los métodos utilizados, en clara contradicción con lo que proclamaba era su identidad. Hoy en cambio hay un desafío fundamental que es concebir la alteridad en la igualdad, el ubicar las diferencias como una riqueza superando relaciones de sometimiento, invisibilización, subordinación o menosprecio. Generando cooperación en vez de competencia. Esta manera

positiva de vivir la alteridad afecta todos los niveles de la vida humana: la relación entre etnias y culturas, el vínculo mujer-varón, adulto-joven, saber académico-saber popular, Estado-sociedad civil, el diálogo entre religiones, la misma relación de la humanidad con la naturaleza. En todos estos niveles se trata de que el ‘poder-con’ el otro vaya ganándole terreno al ‘poder-sobre’ él.

En el desarrollo de la V Conferencia esta ‘alteridad’ se abrió camino sólo gradualmente y no sin dificultades. Se trata de algo que afecta en profundidad demasiados aspectos de nuestra realidad social, cultural y religiosa como para que pueda asumirse rápidamente y sin generar desconcierto y, a veces, dolorosas rupturas. El DA recoge en forma todavía inorgánica esta perspectiva pero sus textos tienen el valor de abrir posibilidades para un desarrollo futuro. Es sintomático que la terminología del ‘otro’ y la asunción del paradigma de la alteridad aparezca explícitamente en relación a las culturas de los pueblos originarios y afroamericanos: ‘Los indígenas y afroamericanos son, sobre todo, “otros” diferentes, que exigen respeto y reconocimiento. La sociedad tiende a menospreciarlos, desconociendo su diferencia. Su situación social está marcada por la exclusión y la pobreza. (DA 89). Y por eso están amenazados en su existencia física, cultural y espiritual; en sus modos de vida, en sus identidades; en su diversidad; en sus territorios y proyectos pues la globalización económica y cultural pone en peligro su propia existencia como pueblos diferentes (DA 90).

Cabe destacar que en el DA el reconocimiento de la alteridad no es algo otorgado unilateralmente por algunos: son los propios pueblos discriminados quienes asumen su ser diferentes y generan el reclamo de ‘descolonizar’ las prácticas y las mentalidades de todos para desocultar los valores propios de las diferentes culturas sin subordinaciones de ningún tipo, generando el diálogo y las relaciones interculturales que a todos enriquecen. ‘La historia de los afroamericanos ha sido atravesada por una exclusión social, económica, política y, sobre todo, racial, donde la identidad étnica es factor de subordinación social. Actualmente, son discriminados en la inserción laboral, en la calidad y contenido de la formación escolar, en las relaciones cotidianas y, además, existe un proceso de ocultamiento sistemático de sus valores, historia, cultura y expresiones religiosas. En algunos casos, permanece una mentalidad y una cierta mirada de menor respeto acerca de los indígenas y afroamericanos. De modo que, descolonizar las mentes, el conocimiento, recuperar la memoria histórica, fortalecer espacios y

relaciones interculturales, son condiciones para la afirmación de la plena ciudadanía de estos pueblos' (DA 96). Así es que

los movimientos por la recuperación de las identidades, de los derechos ciudadanos y contra el racismo, los grupos alternativos de economías solidarias, hacen de las mujeres y hombres negros sujetos constructores de su historia, y de una nueva historia que se va dibujando en la actualidad latinoamericana y caribeña. Esta nueva realidad se basa en *relaciones interculturales donde la diversidad no significa amenaza, no justifica jerarquías de poder de unos sobre otros, sino diálogo desde visiones culturales diferentes, de celebración, de interrelación y de reavivamiento de la esperanza* (DA 97).

Esta perspectiva de la alteridad aparece también, implícitamente, en la decisión de incluir entre las personas cuyos rostros reflejan el de Cristo no sólo a los marginados por razones económicas sino también a *migrantes, desplazados, refugiados, desocupados, tóxicodependientes, personas con capacidades diferentes, portadores de enfermedades graves y VIH-Sida* (DA 65 y 402 y la sección 407-430). También ellos son 'otros' menospreciados e invisibilizados.

d. El mencionado paradigma surge con mayor evidencia en los capítulos que tratan de la dignidad y participación de las *mujeres* (DA 451-457) y los *varones* (DA 459-462). Pero lo he dejado para el final porque allí se da otro paso que me parece vale la pena subrayar como íntimamente vinculado a la alteridad y también constitutivo del nuevo paradigma epocal: la *reciprocidad*. En efecto, el DA no se limita a decir que el varón y la mujer se complementan: la sola afirmación de la complementariedad podría entenderse como una suma de capacidades específicas que se han desarrollado independientemente y que luego se agregan en forma meramente extrínseca. Se afirma reiteradamente que la relación entre la mujer y el varón es de reciprocidad (DA 452, 457, 459) y que por tanto lo específico de cada uno se reconoce y crece a través de un mutuo intercambio que 'les permite reconocer más nítidamente *su propia identidad*' (DA 459).

Este criterio de reciprocidad no aparece invocado con tanta claridad en lo referido a otros escenarios en los que se ponen en juego relaciones entre personas o grupos no sólo con perfiles e intereses diversos sino muchas veces contrapuestos entre sí. Sí está presente, aunque en forma apenas implícita, en varios textos referidos al *diálogo* entre etnias, culturas y religiones – por ejemplo en DA 95 y 228 que

impulsan el diálogo intercultural, interreligioso y ecuménico – pero queda, también acá, la necesidad imperiosa de su ulterior profundización. Profundización y desarrollo que deberán procesarse en los distintos niveles de construcción de ciudadanía y de experiencia creyente de las comunidades cristianas en el continente.

#### **4 A modo de conclusión**

*Planetarización – alteridad – reciprocidad.* Tres ángulos correlativos del ‘nuevo paradigma’ que hoy se abre camino en este desafiante cambio epocal que nos ha tocado vivir. Tres dimensiones que el DA recoge con desigual fuerza y profundidad y que apunta a recapitular desde la categoría de ‘comunión’ o, mejor aún, de ‘comunión en la diversidad’ propia del misterio trinitario. Una perspectiva alentadora, sin duda. Pero ella requerirá liberar previamente a la categoría de comunión de connotaciones unilateralmente institucionales, jurídicas y aún ‘subordinacionistas’ – para decirlo en términos trinitarios – con que muchas veces se plantea. Liberación que sólo será posible si se relea la ‘comunión’ a la luz del criterio fundante para los cristianos: la radical novedad de *la praxis histórica de Jesús* que lo llevó a morir en la cruz y a resucitar como primogénito. Praxis jesuánica que está casi totalmente ausente en el DA y que, en la nueva etapa del ‘proceso Aparecida’, tendremos que rescatar ya que lo ‘recuperado’ por la V Conferencia no incluye este aspecto central de la tradición espiritual y teológica latinoamericana de los últimos decenios.